

Pregón de Navidad 2018

Fray Pedro Riquelme Oliva O.F.M.

Catedrático de Historia y Académico de la Real Academia Alfonso X

Buenas noches, buena gente, saludaba san Francisco a los habitantes de Poggio Bustone.
A todos los presentes: ¡Albricias!, «Christus natus est».

Sras. y Señores: Paz y bien.

Albricias, “Christus natus este”.

1. Introito

Era el anochecer de aquel día de 24 de diciembre de 1223, en el atrio conventual de San Damián en Asís, “el poverello” Francisco de Asís, sentado al pie de la cruz, absorto en el silencio contemplativo, se escucha una melodía lejana que viene de los valles de la umbría.

- Fray León, su compañero inseparable, se acerca y le susurra:

Padre Francisco, ¿quién canta?

Hijo, canta el Universo:

Canta la estrella y el agua,

Canta la rosa y el viento,

Y cantan todas las cosas

en la tierra y en el cielo

Porque todas, esta noche, celebran su nacimiento.

-Fray León exclama:

¡Oh Padre, y a mí me canta

el corazón en el pecho!

- ¡Oh qué hermosa melodía,

qué bien canta el Universo!

Francisco responde:

Sí ... pero el alma está ausente

de tan melodioso cuerpo.

¿Qué vale que cante el agua,

el ave, el bosque y el viento,

si el hombre, quien da sentido

a la Creación, en silencio

permanece incommovible?

¡Oh, si los hombres amaran

Esta Noche por lo menos!

Fray León:

¡Ay, qué dolor que los hombres
No den en pensar en esto!
Si yo, humilde frailecillo,
lograra entrar en el pecho
de los hombres, muy de grado
daría un largo, eterno
requique de corazones ...
“¡Al amor, hombres, al beso
de paz el Amor os llama”
Si no fuera desacierto,
yo enristraría una lanza
a usanza de caballero,
y lanzaría a los hombres
este fulminante reto:
¡Canta, al menos, esta Noche!
ama a Dios ... o te atravieso!

San Francisco:

¡Ay, fray León, yo pretendo
Verificar esta noche
algo muy grande y muy nuevo.

(Y mirando al cielo)

Quiero ayudarte, Dios mío,
a perpetuar el recuerdo
de esta noche. ¡Es tan liviano
de memoria el hombre!

(a Fray León)

Quiero
Estrechar a los humanos
a profundar el misterio
del Amor que mueve el Cosmos,
las estrellas, el Océano ...
Quiero convertir en templo
estas verdes soledades
y traer Belén al Greccio de esta tierra del Sol...
Quiero ... Quiero ... ¡Cuántas cosas
Dios mío, esta noche quiero”.

(Padre Fermín María, *Murieron los lobos*, 101-

110).

2. La Navidad de San Francisco

Dios que escucha a los sencillos de corazón, le concedió a san Francisco la gracia que tanto anhelaba de revivir la Navidad.

Francisco tres años antes de su muerte, cerca de Greccio, una aldea del valle de Rieti (Italia) el día de la natividad de nuestro Señor Jesucristo. Vivía en aquella comarca un hombre, de nombre Juan, de buena fama y de mejor tenor de vida, a quien el bienaventurado Francisco amaba con amor singular, pues, siendo de noble familia y muy honorable, despreciaba la nobleza de la sangre y aspiraba a la nobleza del espíritu.

Unos quince días antes de la navidad del Señor, el bienaventurado Francisco le llamó, como solía hacerlo con frecuencia, y le dijo: «Si quieres que celebremos en Greccio esta fiesta del Señor, date prisa en ir allá y prepara prontamente lo que te voy a indicar. Deseo celebrar la memoria del niño que nació en Belén y quiero contemplar de alguna manera con mis ojos lo que sufrió en su invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno». En oyendo esto el hombre bueno y fiel, corrió presto y preparó en el lugar señalado cuanto el Santo le había indicado.

Llegó el día, día de alegría, de exultación. Se citó a hermanos de muchos lugares; hombres y mujeres de la comarca, rebosando de gozo, prepararon, según sus posibilidades, cirios y teas para iluminar aquella noche que, con su estrella centelleante, iluminó todos los días y años.

Llegó, en fin, el santo de Dios y, viendo que todas las cosas estaban dispuestas, las contempló y se alegró. Se prepara el pesebre, se trae el heno y se colocan el buey y el asno. Allí la simplicidad recibe honor, la pobreza es ensalzada, se valora la humildad, y Greccio se convierte en una nueva Belén. La noche resplandece como el día, noche placentera para los hombres y para los animales. Llega la gente, y, ante el nuevo misterio, saborean nuevos gozos. La selva resuena de voces y las rocas responden a los himnos de júbilo. Cantan los hermanos las alabanzas del Señor y toda la noche transcurre entre cantos de alegría. El santo de Dios está de pie ante el pesebre, desbordándose en suspiros, traspasado de piedad, derretido en inefable gozo. Se celebra el rito solemne de la misa sobre el pesebre y el sacerdote goza de singular consolación.

El santo de Dios viste los ornamentos de diácono, pues lo era, y con voz sonora canta el santo evangelio. Su voz potente y dulce, su voz clara y bien timbrada, invita a todos a los premios supremos. Luego predica al pueblo que asiste, y tanto al hablar del nacimiento del Rey pobre como de la pequeña ciudad de Belén dice palabras que vierten miel. Muchas veces, al querer mencionar a Cristo Jesús, encendido en amor, le dice «el Niño de Bethlehem», y, pronunciando «Bethleem» como oveja que bala, su boca se llena de voz; más aún, de tierna afección. Cuando le llamaba «niño de Bethlehem» o «Jesús», se pasaba la lengua por los labios como si gustara y saboreara en su paladar la dulzura de estas palabras.

3. “Volved a la infancia”

La Navidad como todas las cosas importantes están hechas para los que tienen un corazón ancho y pocas ambiciones, para los que no han salido de la infancia o han sabido regresar a ella. Y lo malo -como dice el dramaturgo Bernanos- "una vez que se sale de la infancia ya no se puede regresar a ella más que por el camino de la santidad". O del gran amor.

Los días que se acercan son el tiempo del gran asombro. Y los que han perdido esa capacidad de asombrar ya no tienen otra forma de celebrar estos días que tratando de sustituir la verdadera alegría con el champán y los gorritos de colores.

Hace falta mucha fe para atreverse a creer en serio eso de que Dios se haya hecho hombre. Que un hombre se vuelva Dios, eso sí lo creemos fácilmente; tan orgullosos somos. Pero que Dios se vuelva bebé, niño, es algo que sólo a Dios se le puede ocurrir.

Los medievales lo entendían eso muy bien. Yo no sé si ustedes se habrán fijado en un detalle que es muy típico de los nacimientos o de los cuadros que reflejan la Navidad y que fueron pintados antes del Renacimiento: el Niño del portal no sólo es mucho menor de lo que la perspectiva exigiría, sino que, además, está como tirado por los suelos, sin cuna, sin pajas, materialmente caído, como abandonado. Y es que los medievales habían tomado muy en serio eso de la humillación de Dios al hacerse uno de nosotros.

Por eso quien no se agache, se haga pequeño, no se enterará de nada.

Para entender la Navidad hay que dejar la lógica en los laboratorios y en las bibliotecas y atreverse a creer en la locura. Claro que cuando se ama se hacen siempre locuras y el que más ama, más locuras hace. Qué bien lo cantaba el P. Fermín María, hablando del "Loco de Asís".

No se puede estar enamorado sin hacer disparates. Y el Dios que hizo ya bastante creando al hombre libre y exponiéndose a sus rebeliones; el Dios que siguió dedicándose a perdonar a los hombres, batió su propia marca haciéndose chiquillo.

Pero todo esto son simplezas para los "listos" de este mundo.

4. Para adorar el Niño que nace hay que agacharse

Si yo tuviera que elegir uno solo entre los recuerdos de la ciudad de Belén, que he tenido la fortuna de visitar, sé que me quedaría, sin vacilar, con el de aquella puertecilla de entrada a la Basílica de la Natividad, aquella puerta de sólo un metro veinte de altura por la que sólo los niños podían entrar sin agacharse.

Recuerdo que, a mi lado, el guía franciscano explicaba que esa entrada se hizo así en la Edad Media para evitar que los jenizaros pudieran penetrar en el templo a caballo, aterrando y descabezando a los fieles en oración.

Pero yo no le oía. Estaba descubriendo en mi interior otra razón más alta: que a Dios sólo se puede llegar de dos maneras: o siendo niño o agachándose mucho. No estirándose, sino empequeñeciéndose. No subiéndose en escaleras o escabeles de ciencia, de poder o de grandeza, sino retornando a los primeros años de nuestra vida. Porque Dios no es más grande que nosotros, sino mucho más joven. o, para ser exacto, porque Dios es mucho más grande que nosotros, por la simple razón de que es más verdadero, más misericordioso, mucho más loco y niño que nosotros.

Pero este descubrimiento venía a abrir en mí otro problema- si Dios no pudo acercarse a los hombres sino por el camino de hacerse pequeño, ¿podrán los hombres acercarse a Dios por distinto sendero? El poeta Rosales ha escrito que la alegría no tiene más que una puerta, que es la puerta de entrada, porque quien entra en ella está felizmente perdido. Así son las cosas de Dios: no tienen más entrada que la de la pequeñez. Por eso la Navidad es, ante todo, un misterio de infancia. Por eso es tan sagrada. Por eso sólo puede hablarse de ella dejando la palabra al niño que uno fue y confiando en que será leído por los niños que los lectores fueron.

Pero todos hemos crecido demasiado. Dicen que ser niño es vivir en la ignorancia. Y tal vez sea cierto. De pequeños, por ejemplo, creíamos que los árboles más altos tocaban con sus ramas el cielo. Ahora -sabios- ya hemos descubierto que el cielo está infinitamente lejos de nosotros. Y sabemos también cuánto más preferible era aquella ignorancia que esta ciencia.

¿Dónde queda, en verdad, el chiquillo que fuimos? Hemos crecido, hemos engordado, nos hemos ido llenando de grasas y de sebo, nos hemos amordazado con títulos y premios, nos hemos subido en el escabel de la importancia, hemos hecho ilustrísimas tarjetas de visita,

aprendimos ya a manejar ese superlibro que es el talonario de cheques, los bancos nos han concedido el «abracadabra» de las tarjetas de crédito, ya somos hombres, al fin somos adultos, hemos dejado atrás la leche y los tartamudeos.

¿Han visto ustedes cómo esperan los niños a los Reyes? No pueden aguantar ya la espera, arden sus ojos y sus almas, pero su espera no es torturadora, sus miradas se encienden, pero no vuelven vidriosos sus ojos. ¿Sabéis por qué? Porque los niños nunca se preguntan si lo que vendrá el día de Reyes es hermoso o feo, magnífico o terrible. Ellos saben que lo que viene es incuestionablemente hermoso. Lo único que ignoran es qué clase de hermosura tendrá lo que va a llegar. La suya es una esperanza gozosa porque es cierta. Sólo quieren saber cómo los Reyes Magos les expresarán este año su amor.

Por eso los niños viven en la alegría, mientras nosotros braceamos por ella. A los niños basta un rayo de sol para alegrarles. Pero hace falta todo un sol entero -ha escrito Goldwitzer- para que el corazón helado de un adulto pueda deshelse.

El hombre no sabe esperar. Y espera, además, lo que no debe. Por eso no entendimos a Dios cuando vino. Esperábamos ver en sus manos el poder y vimos la pobreza. Esperábamos la cólera destructora de los enemigos y vino la gran misericordia. Esperábamos misteriosas revelaciones y vino un pedacito de carne que, con muchos esfuerzos, aprendió a decir "papá" y "mamá".

Y es que -ya veis qué loco-, Dios quería ser amado. Y sabía muy bien que los hombres no sabemos amar una cosa a menos que podamos rodearla con los brazos. Y al Dios de los Ejércitos podíamos temerle. Al Dios de los filósofos podíamos admirarle. Sólo le amaríamos si se hacía bebé. Por eso la Navidad es vértigo, desconcierto, exceso y desbordamiento. Por eso la Navidad viene a quitarnos las caretas de importancia con las que, a lo largo de la vida, nos hemos ido disfrazando.

Porque -¡aleluia, aleluia!- la infancia es inmortal; al niño que fuimos puede arrinconársele, amordazársele, cloroformizársele. Matarle, no. Y el niño que hemos sido está aún ahí, dentro de nosotros, encerrado entre nuestros títulos y tarjetas de crédito, amordazado por nuestra experiencia, pero vivo. No se resigna a morir, grita, patalea dentro de nosotros. Las esquivas de amor que aún, a veces, nos salen del alma son esos gritos y esos pataleos.

Dostoievski decía que «el hombre que guarda muchos recuerdos de su infancia, ése está salvado para siempre». Y así es cómo nosotros estamos salvados en la medida en que la Navidad pueda resucitar al chiquillo que fuimos. Días para descubrir que el agua vale más que los cheques, que un poeta es más útil que un político, que un niño es más importante que un emperador, que la fe es la mejor lotería, que un brasero y amor en torno a él debería cotizarse altísimo en Bolsa.

5. Pero, hablemos de la Madre. Su Madre y la nuestra. María

No hay mejor piropro para un hijo que decirle: "Te pareces a tu madre". La Navidad es tiempo para volver al vientre de la Madre. Un día, de regreso de la Verna, fray León preguntó a San Francisco, después de los estigmas de las Llagas:

- Padre, ¿cómo es Dios?
- Francisco respondió:
- Hermano León, Dios es como el fuego del volcán, que a su paso todo lo quema, purifica y destruye.
- Si te acercas al volcán te quema y te arrasa.
- Si te acercas a Dios, te seduce, te subyuga, te hace suyo, tan de Dios, que ya no eres tú, es Él quien está en ti.

Francisco hablaba de esa experiencia mística y encarnada que había sufrido en el Monte Alvernia, cuando su cuerpo traspasado por las llagas quedó transido del amor divino, del puro amor de Dios.

- Hermano León, ¿sabes quién fue la primera persona que se acercó al volcán de Dios? ¿La primera criatura que se dejó arrasar, quemar, purificar para ser llena de gracia de amor viva?
- La pobrecilla de Nazaret, ¡sí hermano León!, ella fue la que se dejó purificar por la llama de la gracia viva. Ella dijo sí a Dios, y lo hizo de manera libre, confiada, no puso peros. Esa es nuestra madre Purísima.
- Desde esa experiencia de Dios como su Todo, su Bien Total, su Bien Sumo, fue construyendo su vida para que fuera “casa de Dios”, “la vestidura de Dios”, “la morada donde Dios se complace”, “el jardín donde Dios se recrea”.
 - Fray León seguía preguntando: ¿cómo puedo tener yo esa experiencia de María?

Mira Fray León, si miras a tu alrededor, verás que los que gobiernan, los que tienen poder sobre ti, “sólo quieren personas domesticadas”; personas que no piensan, personas simples y sin relieve, llenas de muchas cosas pero vacías. Personas que sólo les mueve el puro “hedonismo”. Que sólo anhelan el pasar por la vida sin que la vida pase por ellas.

No, no. Entra en el corazón de María. Fíjate en María, una joven, mejor una adolescente, frágil y si quieres llena de ingenuidad, pero llena de “rebeldía interior”, “de rebeldía espiritual”, de juventud. Que se niega a ser una mujer israelita más. Una joven judía que no se conforma con el cumplimiento de las leyes y tradiciones de su pueblo.

No quiere vivir desde lo que le exige la ley, va más allá. Se llena de coraje, deja su prepotencia, de egoísmo, de autosuficiencia ... y se pone a los pies del Señor como una “esclava” que quiere ser libre. Y, comprende que la única verdad que le puede conceder vivir con libertad es “volver al origen”, a la raíz de la vida verdadera. Y esta es Dios.

Tanto, Fray León, que si Dios no existiera, habría que inventarlo, porque Dios es la Verdad, Dios es la Belleza, Dios es la Bondad.

Porque creyó, fue feliz. Porque se fió, Dios la revistió de todas las gracias. Dios quiere corazones que vibren, que no se cansen de andar el camino hacia Él.

6. Permanecer fieles a la infancia

A mí me gustaría que el mundo volviera a ser una gran escuela, que estuviéramos aún todos sentados en los viejos pupitres, que Dios fuera el maestro que escribe en la pizarra el verbo «amar». Y me gusta repetirles a mis amigos aquella gran lección que daba un día Bernanos a los niños de una escuela: «No olvidéis nunca que este mundo odioso se mantiene en pie por la dulce complicidad -siempre combatida, siempre renaciente- de los santos, de los poetas y de los niños. ¡Sed fieles a los santos! ¡Sed fieles a los poetas! ¡Permaneced fieles a la infancia! ¡Y no os convertáis nunca en personas mayores!».

Concluyo. Con qué orgullo las iglesias proclaman la Exaltación de la Navidad y vosotros Asociación de Belenistas la plasmáis con tanto verismo y belleza. Y es que desde que san Francisco de Asís, el Poverello, en Greccio la reinventara, la Navidad en el mundo es Navidad Franciscana.

¡Feliz Navidad!